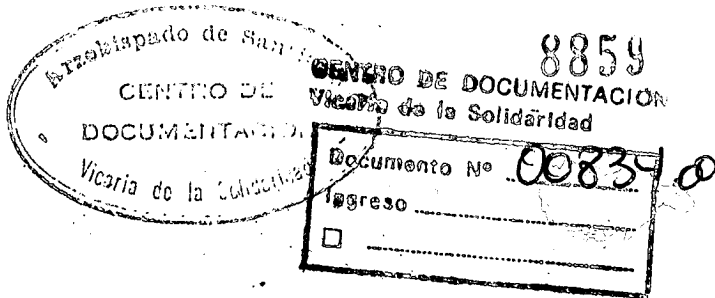


09/76



LA IGLESIA DEL SILENCIO EN CHILE  
=====

Con estridente publicidad se ha venido presentando por sus autores el libro " La Iglesia del Silencio en Chile", editado por la Sociedad Chilena de Defensa de la Tradición, Familia y Propiedad.

Bajo un título equívoco e imprudente ( " Iglesia del Silencio" se entiende en todas partes, y por cierto en el extranjero, como el Pueblo de Dios oprimido por regímenes políticos totalitarios), y a lo largo de casi 500 páginas, se enjuicia el magisterio y conducta pastoral de los Obispos de Chile en los últimos 15 años; declarándolos, en su casi totalidad, reos de cisma y herejía, infieles a su ministerio y cómplices directos de los enemigos de Dios y de la Patria.

El libelo concluye con un llamado de los fieles para que, como consecuencia y manifestación de amor y obediencia a la Santa Iglesia Católica Apostólica y Romana, y a su Magisterio infalible, resistan activamente a sus Pastores y rompan la comunión eclesial con ellos.

Es lamentable que la comunidad nacional deba distraer parte de su tiempo y de su energía creadora en episodios como la publicación de este Manifiesto, donde se conjugan la irreflexión del adolescente con el decadentismo senil. Chile, su pueblo y su Iglesia necesitan hombres adultos, capaces de integrar equilibradamente fantasía y realidad, tradición y progreso, emoción y razón. Obras al estilo de " Iglesia del Silencio", con su inevitable secuela de réplicas y contrarréplicas, favorecen la persistencia de prejuicios emocionales, alimentados en un falso concepto de tradición y en la añoranza de un pasado venturoso que nunca existió. En esa ensoñación estéril, frecuentemente cargada de odio hacia quienes parecen estorbarla porque invitan a mirar hacia adelante, se van paralizando energías creadoras, talentos de intuición, de sabiduría, de comunión y de servicio que Dios exige hacer fructificar en y para su Iglesia.

Llevados de su incompetencia y temeridad teológica los autores del libelo no han llegado a comprender la naturaleza auténtica de la Iglesia que Cristo fundó. El solo hecho de citar textos del Magisterio - bien restringidos, por cierto a un tema, o aspecto, o período determinado, - no será nunca piedra de toque de sentido eclesial; así como proclamarse fieles de la Iglesia no será más que sonido vacío si no se es fiel a la Iglesia que está en sus Pastores. Es precisamente esta comunión con los legítimos Pastores, puestos por el Espíritu Santo para regir la Iglesia de Dios, la que garantiza un verdadero contacto con Cristo, quien se hace escuchar en ellos. Faltos de esta condición vital para nutrirse de Cristo, los autores del libelo se precipitan hacia una concepción de Iglesia y del cristianismo en que el rostro de Cristo se hace prácticamente irreconocible.

Bastaría señalar, para ello, que la aplicación consecuente de los principios por ellos invocados llevaría - como históricamente ha llevado - exactamente a las mismas aberraciones, teóricas y prácticas, que hacen del comunismo ateo una doctrina intrínsecamente perversa: división del mundo en clases irreductibles de "buenos" y "malos"; legitimación de la violencia como arma de triunfo de los "buenos"; negación de todo derecho para los "malos", especialmente los derrotados; culto exacerbado de la hostilidad contra los que no militan en el propio bando, haciendo de su destrucción una cuestión de ser o no ser; instrumentalización de la persona humana al servicio y sacrificio de la "causa", cuyo carácter sacro mantiene prioridad absoluta sobre cualquier derecho, libertad o destino personal; creación de minorías privilegiadas, que retienen el control omnímodo de las ideas, los bienes y las expectativas de vida de las mayorías ciudadanas. Mientras todo esto se hace, en un caso, en oposición conciente y deliberada a la fe cristiana, todo - en el otro - se justifica y sacraliza en nombre de una irrestricta adhesión a la Iglesia de Dios. Semejante mistificación es la que sirve de base a "Cristianos por el Socialismo".

Por esta vía se ofende el santo nombre de Dios y de la Iglesia y se prepara, con las mismas armas del adversario al que se dice pelear y combatir, las condiciones ideales para que la causa de éste prospere y triunfe.

Sorprende y duele, finalmente, la injusta apropiación del nombre, " Iglesia del Silencio". Ella está constituida, en efecto, por fieles que nunca separan a Cristo de la Iglesia, ni a la Iglesia de sus Pastores. Verdaderamente destituidos de cualquier acceso a los medios públicos de expresión, impedidos de proclamar su fe fuera del ámbito de sus casas o iglesias, tanto más estrechan sus vínculos de comunión filial con sus Obispos y fraterna entre sí. Pobres verdaderamente, hasta esa forma cumbre de pobreza que es tener que callar, ellos hablan sólo con su sufrimiento. Su lenguaje no es otro que el de la Cruz. Por eso ni siquiera hablan contra sus perseguidores: junto al Crucificado, presente a ellos en sus Pastores que les hablan en su nombre y reactualizan su pasión redentora en cada Eucaristía, oran ante todo por sus propios verdugos. Esa es la auténtica Iglesia del Silencio: comunión de fe probada en el crisol del sufrimiento; de esperanza cifrada en el poder de Dios y no en la fuerza del hombre; amor que, como el del Padre perfecto porque misericordioso, se ofrece a justos y pecadores con la sola, suave violencia de la verdad. Es la Iglesia del Espíritu, derramado generosamente en los que tienen corazón de hijos y pueden llamar "Padre" a Dios porque tienen a la Iglesia por Madre. La Iglesia de los que se dejan conducir por el Espíritu hacia la gloria de la Cruz, y ansían la comunión con la sangre derramada, la de Abel, la de Cristo, más elocuente que todas las potencias y sabidurías de este mundo.

Iglesia del Silencio: un apelativo, un nombre que impera religioso respeto. Sólo resta lamentar que se haya pretendido usurparlo por parte de quienes ni conocen el silencio ni son la Iglesia.

DEPARTAMENTO OPINION PUBLICA  
ARZOBISPADO DE SANTIAGO

Santiago, 26 de febrero de 1976.-